

# Estados mentales en ausencia de lenguaje: Pruebas en el estudio de la personalidad

## Mental States in the Absence of a Language: Evidence from the Research of Personality

DOI:

[doi.org/10.23924/oi.v15i33.571](https://doi.org/10.23924/oi.v15i33.571)

Rafael Castro Salazar  
Universidad de Granada  
rafacastrosalazar@gmail.com  
orcid.org/0000-0003-4496-5202

Fecha de recepción: 02/05/2022 • Fecha de aceptación: 26/09/2023

### *Resumen*

En el presente artículo defenderemos la existencia de estados mentales en ausencia de lenguaje a través del estudio de la personalidad. Nuestra hipótesis inicial es que el estudio de la personalidad en humanos puede aplicarse a individuos con indiferencia de su edad, lo que también incluiría a niños prelingüísticos. Si las principales teorías dentro del estudio de la personalidad recurren a estados mentales en sus enunciados, entonces podremos afirmar que estos estados mentales estarán presentes en la cognición de los niños prelingüísticos. Para afianzar esta hipótesis, concluiremos con otras metodologías científicas utilizadas con el mismo fin fuera del ámbito de la personalidad: la imitación diferida y los test de mirada preferencial. En su totalidad, estos datos nos permiten concluir que hablar de estados mentales en niños prelingüísticos es posible y que el lenguaje no es una condición imprescindible para poseer este tipo de estados.

### *Palabras clave*

*Cognición, niños prelingüísticos, pensamiento animal, rasgos de personalidad.*

### *Abstract*

In the present article, we will defend the existence of mental states in the absence of language through the study of personality. Our initial hypothesis is that the study of personality in humans can be applied to individuals regardless of their age, including prelinguistic children. If the main theories within the study of personality make reference to mental states in their statements, then we can assert that these mental states will be present in the cognition of prelinguistic children. To strengthen this hypothesis, we will conclude with other scientific methodologies used for the same purpose outside the realm of personality: deferred imitation and preferential-looking tests. Altogether, these data allow us to conclude that discussing mental states in prelinguistic children is possible and that language is not a necessary condition for possessing this type of states.

### *Keywords*

*Animal thinking, cognition, personality traits, prelinguistic children.*

---

## Introducción

Ha sido frecuente vincular la posesión de estados mentales<sup>1</sup> con la capacidad de emitir articulaciones lingüísticas. Esta relación se ha mantenido desde distintas perspectivas, dependiendo del aspecto del lenguaje que se haya investigado. Por ejemplo, para Davidson (1982; 2001), concebir que uno puede estar equivocado es lo que dota de sentido a las creencias (1982: 168). Así, para poseer una creencia, necesitaríamos de antemano la capacidad de distinguir entre creencias verdaderas y falsas, algo que solo los seres lingüísticos pueden aprender, esto es, seres capaces de interpretar correctamente expresiones de un lenguaje (Davidson 2001: 326; Lepore y Ludwig 2005: 397-399, 294). La importancia de poder estar equivocado para poder poseer una creencia también ha sido defendida por McDowell (1994: 11-12). De forma semejante, Brandom rechaza que un niño de corta edad pueda dominar el contenido de expresiones como “la casa está en llamas” puesto que, aunque sea capaz de emitir ese conjunto de sonidos, no sabría a qué atenerse en esa situación (1995: 897-898). Su sapiencia —o inclusión en el *espacio de las razones* (Brandom 1994: 5)— vendría acompañada de la adquisición de la capacidad de afirmar (*claim*), esto es, el acto de habla de realizar una aserción, de tomar algo como verdadero (1994: 155).<sup>2</sup>

1 Hablaremos de “estados mentales” para referirnos a cualquier elemento diferenciable de nuestra mente, con independencia de cómo definamos “mente”. Una creencia, una emoción o un recuerdo son estados mentales. Durante el artículo, veremos algunos términos, principalmente el término “disposición”, que a veces han sido definidos como estados mentales, y otras, como formas de conducta. Se tratará de definir estos términos cuando aparezcan en nuestra argumentación. Finalmente, usaremos “terminología mental” o “términos mentales” para hablar de expresiones que denotan estados mentales. Por ejemplo, una teoría que incluya terminología mental habla o versa sobre estados mentales.

2 Esto no implica que todas las razones estén lingüísticamente articuladas. Por ejemplo, una promesa forma parte del espacio de las razones pese a poseer tanto un com-

La consecuencia inmediata de la postura de Davidson, McDowell o Brandom es que tan sólo aquellos individuos capaces de realizar y entender aserciones, además de ser no neurodivergentes, podrán poseer creencias, siendo estas un subtipo de estado mental. En consecuencia, tanto niños prelingüísticos como animales no humanos serían incapaces de poseer creencias.

Algunos autores han destacado las carencias argumentativas tanto de Davidson (Carruthers 1992, 122-145; Camp 2009: 284-285) como de McDowell (Camp 2009: 287-287). Este artículo no consiste en una crítica directa a estas posiciones. En su lugar, defenderemos la hipótesis contraria, esto es, que tanto animales no humanos como infantes prelingüísticos *pueden tener estados mentales*. Esta hipótesis podría ser defendida arguyendo que los seres no lingüísticos pueden tener creencias, o incluso albergar conocimiento proposicional (Kornblith 2002) para, posteriormente, demostrar que las creencias y el conocimiento proposicional son un subtipo de estados mentales. No obstante, las creencias y los deseos no resumen de forma exhaustiva el conjunto de los estados mentales (Feibich y Coltheart 2015; Spaulding 2018; Westra 2020). Con base en ello, podemos defender nuestra hipótesis recurriendo a otros tipos de estados mentales como, por ejemplo, *los rasgos de personalidad*. El estudio de los rasgos de personalidad resulta idóneo para nuestros propósitos ya que ha sido aplicado a humanos adultos (Jayawickreme, Zachry y Fleeson, 2019; McCrae, 2013; 2018), a niños y adolescentes (De Pauw y Mervielde, 2010; De Pauw, 2017) y a animales no humanos (Freeman *et al.*, 2011; Reale *et al.*, 2007; Weiss 2017). Su amplia aplicabilidad nos permitirá comprobar nuestra hipótesis tanto en animales no humanos como en humanos que aún no han adquirido su primera lengua. Asimismo, la metodología asociada a cada uno de estos ámbitos ha diferido notablemente. Mientras que en humanos se han empleado términos mentales para caracterizar

---

ponente verbal (la enunciación de la promesa), como el acto de mantenerla, algo no verbal (Brandom, 1994: 148-150). Asimismo, esta parte verbal no es una mera emisión de una ristra de sonidos, lo que nos permite descartar al niño de corta edad como sapiente. Brandom parece apuntar que es la significatividad de nuestras palabras la que nos permite posicionarnos dentro del espacio de las razones.

estos rasgos —como “patrones de pensamiento”, “emociones” o “valores” (De Pauw, 2017: 245)—, su estudio en animales no humanos ha prescindido por completo de ellos (Reale *et al.*, 2007: 294; Sih 2011: 317-323).

Nuestra hipótesis inicial es que el estudio de la personalidad en humanos puede aplicarse a individuos con indiferencia de su edad, lo que también incluye a niños prelingüísticos. Dado que dos de las teorías más importantes dentro del estudio de la personalidad —la Teoría de los Cinco Factores (TCF) y la Teoría del Rasgo Completo (TRC)— recurren a estados mentales en sus enunciados y modelos, entonces existen estados mentales con independencia del lenguaje, al menos los reconocidos y estudiados por estas teorías. Nuestro argumento precisa de dos partes: una en la que se confirme que la TCF y la TRC pueden aplicarse a individuos que carecen de lenguaje y otra en la que se demuestre que ambas teorías recurren a estados mentales en sus explicaciones y predicciones. Asimismo, este recurso a la terminología mental no puede ser ocasional, sino que ha de ocupar un papel predominante dentro de ambas teorías. Finalmente, reservaremos una última parte en la que reforzaremos nuestro argumento principal mediante otros métodos ajenos al estudio de la personalidad que se emplean en investigaciones con niños prelingüísticos. En concreto, se mencionará tanto la imitación diferida (Mandler 2012) como los test de mirada preferencial (Dolscheid *et al.*, 2014; Walker *et al.*, 2010; Tamási *et al.*, 2019). Justificamos el recurso a estos dos métodos de estudio debido a su uso recurrente en psicología.

El método al que recurriremos durante las siguientes páginas será la regimentación como forma de elucidar la ontología de una teoría (Quine 1960: 242-243; 1969, 26-68). Entiéndase por regimentación el proceso que consiste en traducir al lenguaje lógico canónico todos los enunciados de una teoría científica (Quine, 1960). Este proceso no puede aplicarse al lenguaje cotidiano ya que, debido a su vaguedad, una misma oración podría ser reescrita al lenguaje lógico por medio de diversos predicados y cuantificadores. La regimentación sólo es posible en el lenguaje científico y muestra la ontología con la que trabaja la teoría en cuestión. Afirmar que existen

estados mentales con independencia del lenguaje es algo que puede comprobarse recurriendo a una teoría que reconozca individuos que posean la primera propiedad y carezcan de la segunda. En este trabajo no traduciremos ningún enunciado de una teoría a la lógica de predicados, sino que trataremos de demostrar que la TCF y la TRC son dos teorías bien aceptadas dentro de la psicología y que emplean términos mentales en sus enunciados. Si ambas teorías recurren a determinados estados mentales para dar una explicación (o formular una predicción), entonces tales estados mentales existen para todos aquellos organismos a los que se apliquen ambas teorías.

### *Rasgos de personalidad en psicología y biología*

El uso coloquial o *folk* de la terminología mental está caracterizado por una marcada vaguedad que impide su correcta regimentación (Hylton 2006: 127), lo que dificulta el esclarecimiento de la ontología que asume su discurso. Esta vaguedad no ha de provocarnos rechazo al transportar esta terminología al ámbito científico (Hochstein 2015: 15-16), ya que, pese a que hay cierta continuidad, su inclusión en el ámbito científico viene acompañada de cierto refinamiento (2015: 8-9). Por ello, dejaremos a un lado el posible carácter explicativo de los estados mentales en su uso coloquial y analizaremos este mismo aspecto dentro de su uso científico.

Autores como Feibich y Coltheart (2015) y Spaulding (2018) han reivindicado el enriquecimiento de la psicología popular mediante la inclusión de terminología mentalista más allá de los deseos y las creencias. Este proyecto ha sido comúnmente denominado *aproximación pluralista* a la psicología popular. Recientemente, Westra (2020) ha partido de consideraciones similares al defender la importancia de los rasgos de personalidad para llevar a cabo este refinamiento. Partiendo de la aproximación pluralista, podemos retomar este ejemplo y mostrar la utilidad de los rasgos de personalidad dentro del discurso científico. De este modo podemos describir la Teoría de los Cinco Factores (en adelante TCF; McCrae, 2013; 2018) o la Teoría del Rasgo Completo (en adelante TRC; Fleeson y

Jayawickreme 2015; Jayawickreme, Zachry y Fleeson 2019) como dos teorías representativas del estudio psicológico de la personalidad. Tanto la TCF como la TRC no son teorías contrapuestas; de hecho, la TRC asume terminología propia de la TCF (Jayawickreme, Zachry y Fleeson 2019: 83).<sup>3</sup>

Durante esta sección, se expondrá la capacidad explicativa de la TCF y de la TRC en el estudio de la personalidad tanto de adultos como de niños. Pese a que la personalidad en niños y adolescentes presenta algunas peculiaridades en comparación a su expresión en adultos, la TCF y la TRC poseen capacidad explicativa para individuos humanos con independencia de su edad (Costa, McCrae y Löckenhoff 2019). Los rasgos de personalidad, centrales en ambas teorías, serían un subtipo de estado interno al igual que otros estados como las creencias o los deseos. Siguiendo a Quine (1960: 242-243; 1969: 49-51), la ontología corresponde a una elucidación del universo de discurso y propiedades asumidas por una teoría. Por lo tanto, preguntarse sobre la existencia de estados mentales prelingüísticos equivale a preguntarse sobre si alguna teoría incorpora este tipo de estados mentales dentro de su terminología. La TCF y la TRC ofrecen la ventaja de estudiar los rasgos de personalidad como una propiedad interna, siendo a su vez un fenómeno presente tanto en niños como en adultos. Sin embargo, también presenta el problema de que, aunque parte de su terminología haya sido aplicada a animales no humanos, no disponemos de una teoría homóloga a la TCF/TRC en otras especies. Aun asumiendo este problema, estos datos habrían de ser suficientes para sostener la hipótesis de que puede haber estados mentales en ausencia de articulaciones lingüísticas.

3 Por ello, cuando afirmemos algo que pueda ser atribuible a ambas teorías, simplificaré la notación como "TCF/TRC".

## ❖ Rasgos de personalidad en humanos

La TCF, tal y como es descrita por McCrae (2013; 2018), es una teoría que asume el *modelo de los cinco factores* (Digman 1990; Funder 2001; Goodwin y Friedman 2006; McCrae y Costa 1992; 2008). Este modelo describe cinco dimensiones fundamentales con las que podemos describir la personalidad: Neurotismo frente a Estabilidad emocional (N), Extraversión frente a Intraversión (E), Amplitud de miras a la experiencia (O), Amabilidad contra Antagonismo (A) y Meticulosidad (M). Estos cinco rasgos o factores han sido tradicionalmente conocidos como los *cinco grandes* (*Big Five*) ya que aparecen recurrentemente en una gran variedad de culturas (McCrae y Costa 1992: 176). A su vez, estos cinco factores pueden definirse a través de un nivel inferior, donde encontramos las *facetas*.<sup>4</sup> En consecuencia, el modelo de los cinco factores está compuesto por los cinco grandes (N, E, O, A, M) y sus respectivas facetas (McCrae 2010: 59). Los niveles de estos factores son determinados por cuestionarios en primera persona y en tercera persona (esto es, realizados por el propio participante o por un evaluador externo), mostrando resultados “virtualmente idénticos” (McCrae y John 1992: 192-193).

La TCF describe hábitos o tendencias, en consecuencia, carece de capacidad explicativa sobre la conducta de una persona en un momento determinado. Por ejemplo, una persona introvertida puede comportarse puntualmente de forma extrovertida sin que esto altere su tendencia a comportarse de forma introvertida. Esto ha llevado a la TRC a distinguir entre rasgos descriptivos y rasgos explicativos (Fleeson 2001). Los rasgos descriptivos son distribuciones normales de estados, esto es, una función que representa los niveles de un determinado rasgo en cada caso puntual analizado. Esta función tomará la forma de una campana de Gauss (Fleeson, 2001: 1012) que será más estrecha en aquellos individuos que muestran poca variabilidad

4 Siguiendo a McCrae (2010), las facetas son indicadores o subcategorías distinguibles entre sí y pertenecientes a uno de los cinco grandes rasgos. La covariación de las facetas, según McCrae (2010: 59), se explica a través de su inclusión dentro de uno de los cinco factores. Por ejemplo, en Neurotismo, encontramos Ansiedad y Vulnerabilidad, entre otros.

en su comportamiento.<sup>5</sup> La TRC trata de compensar la carencia explicativa respecto a variaciones a corto plazo mediante la postulación de *rasgos explicativos*, que responden a creencias o metas que explican estas variaciones puntuales (Jayawickreme, Zachry y Fleeson 2019: 87). De forma análoga, la TCF ha recurrido a “habilidades” o “creencias” para tratar de explicar estos fenómenos (McCrae 2013: 61). En cualquier caso, los rasgos de personalidad no tienen poder explicativo sobre casos particulares, sino que se limitan a describir tendencias de comportamiento, sus causas y sus bases genéticas. A su vez, la explicación de estas tendencias a largo plazo precisan de términos mentales, entre ellas, las creencias.

#### ❖ Rasgos de personalidad en niños

El temperamento se ha definido tradicionalmente como la base biológica sobre la que, con posterioridad, se construyen tendencias de comportamiento más complejas, esto es, los rasgos de personalidad (De Pauw y Mervielde, 2010: 319). El desarrollo de la TCF en humanos adultos ha reflejado que el temperamento es incapaz por sí sólo de explicar nuestra personalidad. Sin embargo, el temperamento ha mantenido su relevancia en el estudio de la personalidad en niños (De Pauw y Mervielde, 2010). No obstante, las diferencias entre los rasgos temperamentales y de personalidad en la personalidad de los niños han tendido a ser poco concisas, lo que ha llevado a incluir la terminología acerca del temperamento dentro del modelo de los cinco factores (De Pauw 2017: 31). Esta decisión terminológica ha llevado a hablar de rasgos de personalidad en individuos con independencia de su edad. Aparte de las posibles modificaciones en los

5 Las gráficas utilizadas por Fleeson (2001) analizan, dentro de un determinado lapso de tiempo, la frecuencia con la que un determinado nivel de, por ejemplo, extroversión es detectada en un individuo. Imaginemos que cuantificamos la extroversión del 1 al 10 y el individuo que estudiamos se comporta con mucha frecuencia con niveles de extroversión del 6 a 7. Si sus niveles de extroversión siempre se mantienen entre los valores 6 y 7, la gráfica correspondiente tomará la forma de una montaña muy estrecha. Si, al contrario, también se ha comportado muchas veces con niveles de 4 y 5, el nivel máximo de la gráfica será el mismo pero la montaña tendrá una base mucho más larga. Si la variabilidad es menor, la gráfica se estrechará y viceversa.



factores incluidos (Soto y John, 2014), su aplicación en niños de corta edad se ha centrado en la administración de test a padres y en descripciones de comportamiento libres (Slobodskaya 2021: 3).

Asimismo, estos datos se han complementado estudiando las variaciones que sufre la personalidad a lo largo del desarrollo (Costa, McCrae y Löckendorff 2019). Aunque esta investigación aún precisa de un método más refinado (2019: 429), la consecuencia inmediata de ligar la personalidad al acervo genético es que este ha de ser observable en las primeras fases del desarrollo humano y que, además, ha de haber cierta continuidad con su expresión en adultos. Por ello, al margen de las diferencias metodológicas, el estudio de la personalidad en individuos adultos y niños constituye una unidad teórica cuyas partes han de ser coherentes entre sí. La presencia o carencia de un lenguaje maduro no impide hablar de los rasgos de personalidad como algo constitutivo de la especie humana.

#### ❖ Rasgos de personalidad en animales no humanos

Las primeras etapas del desarrollo de la TCF pueden situarse durante la década de los 90 (Digman, 1990, McCrae y Costa 1992). Antes de que el modelo de los cinco factores se consolidara y fuese posteriormente asumido dentro de una teoría, se comenzó a plantear su inclusión dentro del mundo animal, especialmente en el estudio de los homínidos (Whitham y Washburn, 2017). Uno de los primeros intentos de aplicar el modelo de los cinco factores a animales no humanos es el de King y Figueredo (1997). Los autores propusieron seis factores —esto es, los cinco factores tradicionales, junto a la Dominancia— para el estudio de la personalidad en chimpancés (revisado por Weiss 2017: 22-23). Con posterioridad, a partir de modificaciones del cuestionario redactado por King y Figueredo, se confeccionó el HPQ (*Hominid Personality Questionnaire*) (Weiss *et al.*, 2009). No obstante, la adaptación de este modelo en homínidos no llegó a constituir una teoría similar a la TCF/TRC, sino a conformar un método observacional más en el estudio del comportamiento animal, denominado *Evaluación de rasgos* (*Trait Rating*, revisado por

Freeman *et al.*, 2011).<sup>6</sup> Este método, de forma similar a su análogo en niños de corta edad, consiste en administrar un cuestionario a trabajadores de zoológicos o refugios para evaluar los rasgos comportamentales de los miembros de la muestra estudiada.

La aproximación al temperamento llevada a cabo desde la ecología de la conducta<sup>7</sup> se ha presentado como una posible homóloga de la TCF/TRC en el mundo animal, pese a no constituir una teoría homogénea (Reale *et al.*, 2007: 297). Reale y colaboradores recopilaron la mayor parte de conductas estudiadas en el reino animal (audacia, exploración, actividad, sociabilidad y agresividad) y ofrecieron algunas pautas para su identificación y cuantificación (2007: 294-303), descritas con mayor detalle en Brommer y Class (2017). Entre las variables incluidas, se encuentra tanto la repetibilidad como la heredabilidad de la conducta estudiada (Reale *et al.*, 2007: 294-303). Lo importante aquí es que, a diferencia de la TCF/TRC, la ecología de la conducta prescinde por completo de terminología mental (Reale *et al.*, 2007: 294). La presencia de rasgos de temperamento se asocia a su presunta base genética, además de a fenómenos neuroquímicos (e.g., niveles de serotonina u otros neurotransmisores) como adaptativos (Sih 2011: 317-323). Por descontado, esta aproximación a la conducta se ha complementado con otro tipo de metodología distinta a la evaluación de rasgos, conocida como *codificaciones de comportamiento*.<sup>8</sup>

6 Nótese la diferencia entre la evaluación de niveles de rasgos (siendo estos entendidos como patrones comportamentales) y el trabajo de la TCF/TRC de no solamente medir estos niveles, sino explicar su relación con nuestra cognición, variación a lo largo del desarrollo, etc.

7 La ecología del comportamiento se centra en las consecuencias que tiene el comportamiento para la adecuación (*fitness*) de una especie en un determinado medio (Birkhead y Monaghan 2010: 9).

8 "Las codificaciones de comportamiento (usado en un 87% de los estudios [de primates no humanos]) conllevan observar animales y registrar su comportamiento, normalmente en términos de frecuencia y/o duración" (Freeman, Gosling y Schapiro, 2011: 19). Nótese que las codificaciones de comportamiento y las evaluaciones de rasgos no son incompatibles entre sí. De hecho, ambos métodos han sido utilizados con éxito en un mismo estudio (junto a una comparación de los resultados obtenidos; Garai *et al.*, 2016: 6-7).

#### ❖ Balance de los datos descritos

El modelo de los cinco factores ha sido de enorme relevancia para el estudio de la personalidad en general, esto es, tanto en humanos como en animales no humanos. Sin embargo, el impacto que ha tenido este modelo en los tres ámbitos de estudio analizados —humanos adultos, niños y animales no humanos— ha sido completamente distinto. En el estudio de la personalidad en individuos adultos se ha recurrido a términos mentales para explicar su funcionamiento, algo que hemos señalado durante esta sección y que ampliaremos en la posterior sección. De igual modo, encontramos investigaciones similares en niños de corta edad. En niños, la presunta dualidad entre una base temperamental de la conducta y un posterior desarrollo de la personalidad ha sido unificada dentro del amplio abanico ofrecido por el modelo de los cinco factores. El modelo ha podido variar, tal y como sucede con los “Pequeños Seis” (Soto y John, 2014), pero la idea ha persistido: la TCF/TRC no “nace” con la adquisición del lenguaje, sino que es algo presente desde el nacimiento y sometido a un determinado proceso de maduración. Todos estos datos apuntan hacia una única teoría capaz de explicar el origen, desarrollo y maduración de los rasgos de personalidad en la especie humana. Por ello, no habría una razón de peso para descartar la terminología empleada por la TCF/TRC en niños de corta edad.

Nuestro intento de relacionar el uso de términos mentales en cualquier investigación acerca de la personalidad no ha resultado exitoso en el estudio de animales no humanos. La aplicación del modelo de los cinco factores en animales humanos, a pesar de haber sufrido grandes variaciones, ha supuesto un gran avance en el estudio de la personalidad animal. Sin embargo, a falta de una teoría homóloga a la TCF o a la TRC en el mundo animal, no parece legítimo recurrir a estados internos para elucidar los mecanismos que posibilitan la expresión y maduración de los rasgos de personalidad. Las evaluaciones de rasgos y las codificaciones de comportamiento funcionan sin recurrir a creencias, emociones u otros tipos de estados mentales.

Hemos partido del estudio de la personalidad ya que estudia por igual humanos y animales no humanos con indiferencia de su edad. Durante esta sección, hemos defendido su aplicabilidad tanto

a individuos adultos como niños. Esto es fundamental, ya que si los niños prelingüísticos tienen personalidad y la personalidad precisa de estados mentales, entonces los niños prelingüísticos poseen estados mentales. Sin embargo, todavía se ha de defender que el estudio de la personalidad requiere de vocabulario mental, algo que meramente se ha señalado a lo largo de esta sección. Concluimos esta sección dejando a un lado el estudio de la personalidad en animales no humanos ya que, con toda seguridad, su estudio prescindirá de terminología mental. No obstante, la aplicabilidad de la TCF/TRC en niños prelingüísticos nos permite avanzar con nuestra hipótesis inicial.

### *El uso de terminología mental en la TCF/TRC*

La función de esta sección es demostrar que la TCF/TRC recurre a estados mentales para explicar el funcionamiento de la personalidad. Dividiremos esta sección en dos partes. Dividiremos esta sección en dos partes. En la primera, mostraremos que los rasgos son entendidos como *disposiciones mentales*. A diferencia de algunos autores afines al conductismo, como Reale y colaboradores (2007) o Ryle (2009), las disposiciones son tendencias a largo plazo que forman parte de la mente del individuo y que son evaluables empíricamente. Asimismo, la TCF/TRC recurre a otros estados mentales (como creencias o aptitudes) para explicar el funcionamiento de los rasgos de personalidad. En la segunda parte, revisaremos algunas de las posibles críticas que tendría que afrontar nuestra propuesta, como el carácter no-observacional de los estados mentales.

#### ❖ Las funciones de la terminología mental en la TCF/TRC

Los rasgos de personalidad son entendidos como *disposiciones* (McCrae 2010; 2013). Las disposiciones, al igual que en Ryle (2009: 101), son tendencias o inclinaciones a largo plazo por parte de un individuo. Sin embargo, para McCrae, las disposiciones son estados

mentales que pueden ser evaluables empíricamente.<sup>9</sup> Por ejemplo, un individuo puede tener la tendencia a largo plazo de actuar con un determinado nivel de neuroticidad. Este modo de comportarse no es un hecho puntual, sino que perdura y se estabiliza a lo largo del tiempo (Costa, McCrae y Löckendorff 2019). Dada esta disposición a comportarse de una determinada manera, podemos evaluar este patrón de comportamiento mediante *inventarios* (NEO, *Big Five* o HEXACO; Costa, McCrae y Löckendorff 2019: 425) administrados en primera persona o externamente.<sup>10</sup> A diferencia de los test, los inventarios no tienen respuestas correctas o incorrectas; evalúan los niveles de los rasgos y facetas de un individuo en función de las respuestas escogidas. El comportamiento del individuo en cada momento es algo externo, mientras que la tendencia a largo plazo de hacerlo es una entidad mental.

Es necesario destacar que, cuando se afirma que los rasgos de personalidad son disposiciones, se señala que son propiedades de la cognición humana, no una mera clasificación de conductas humanas. Esta es la razón por lo que la TCF *no puede* limitarse a describir conductas y su repetibilidad, sino a describir los aspectos de la cognición humana que explican estas tendencias de comportamiento. La TRC ha hecho el mismo énfasis en la descripción de estas disposiciones internas mediante la articulación de los “rasgos explicativos” (Jayawickreme, Zachry y Fleeson 2019: 87). En suma, los rasgos de personalidad no son meros registros conductuales, como para Reale y colaboradores (2007), sino estados mentales o psicológicos presentes en seres humanos con independencia de su edad.

9 Ambas propiedades son rechazadas por Ryle (2008). Los enunciados sobre disposiciones son útiles sin forzarnos a descubrir qué sucede “detrás de las escenas” (2008: 108), es decir, el conjunto de entidades que determinan causalmente este tipo de enunciados. Además, Ryle explicita que los enunciados sobre disposiciones no son “reportes de estados de cosas observados u observables” (2008: 108). La frecuencia con la que aparecen los cinco factores en diversas culturas e idiomas dificulta este escepticismo acerca de lo que hay “detrás de las escenas”. Asimismo, tal y como veremos a continuación, los rasgos pueden ser evaluados empíricamente.

10 Asimismo, se han complementado estos dos métodos con estudios en los que personas ajenas a la TCF han agrupado distintos adjetivos sobre la personalidad en cinco grupos similares a los cinco factores (McCrae 2010: 58).

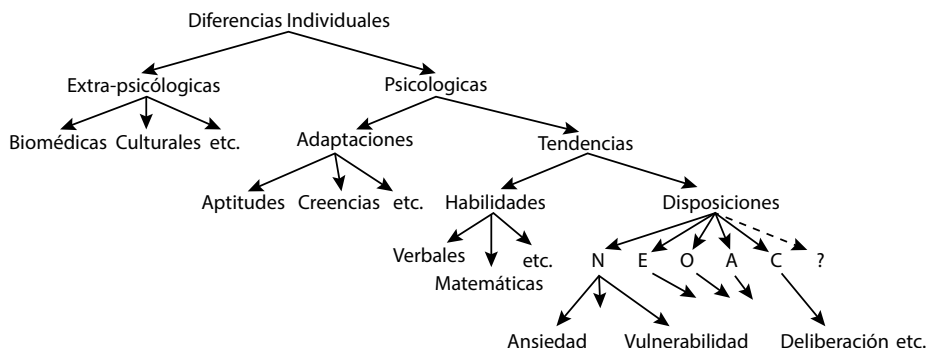


Figura 1. Esquema ofrecido por McCrae (2010) sobre la taxonomía de la TCF (la traducción del esquema es propia).

Para la TCF/TRC, los rasgos son disposiciones y estas son, a su vez, estados mentales. En concreto, dentro de la TCF, las disposiciones son uno de los dos tipos de tendencias a largo plazo, junto a las habilidades (Figura 1). De entre todas, los estados mentales que nos diferencian del resto de individuos McCrae distingue entre tendencias y adaptaciones, encontrando en este último grupo creencias y aptitudes (2013: 61). La diferencia entre tendencias y adaptaciones consiste en que las últimas responden a modificaciones continuas fruto del aprendizaje mientras que las tendencias se caracterizan por su estabilidad. Tal y como se mencionó anteriormente, la TCF habla de adaptaciones únicamente para dar mayor detalle de las tendencias, siendo este último grupo la pieza clave dentro de toda teoría de la personalidad. Por ejemplo, una persona introvertida puede adaptarse a un determinado tipo de situaciones con base a una serie de creencias, sentimientos y consejos de otras personas. En general, esta persona tenderá a comportarse de manera introvertida (es decir, su tendencia a largo plazo será ser introvertido), lo que no impide que otros estados mentales, como las creencias, puedan interactuar con sus rasgos de personalidad.

❖ Posibles objeciones ante el uso de terminología mental en la TCF/TRC

El trabajo de Reale y colaboradores (2007) se enmarca en el estudio de la personalidad en animales no humanos. No obstante, podemos extrapolar estas afirmaciones al estudio de la personalidad en general para comprobar sus posibles consecuencias:

Muchas de las definiciones [de personalidad o temperamento] hacen referencia tanto a elementos medibles (i.e., la expresión) como a “no observables”, o cualidades difícilmente medibles (i.e., las disposiciones individuales). De forma similar, algunos rasgos de temperamento implican la inferencia de mecanismos psicológicos que subyacen a la expresión en un nivel comportamental. [...] Nosotros pensamos que tanto estos elementos “no observables” como la inferencia de propiedades psicológicas pueden constreñir a los ecólogos y a los biólogos evolutivos en su estudio del temperamento; ya que tales disposiciones inherentes no se derivan ni de definiciones de morfología [...] ni de historia de la vida [...] (2007: 294).

La idea principal que introduce Reale y colaboradores es que podemos reducir el estudio de la personalidad (en animales no humanos) a elementos medibles y observables, descartando aquellos elementos que sean ajenos tanto a la ecología como a la biología evolutiva. Siguiendo esta terminología, las disposiciones psicológicas de un animal serían “elementos no observables” que, por ello, no tendrían cabida dentro del estudio de su personalidad.

Las virtudes de la ecología del comportamiento en el estudio de la personalidad animal pueden aceptarse sin tener que admitir que las explicaciones que contengan términos no observables han de ser rechazadas. Aun asumiendo que existen términos que guardan una relación directa con la experiencia y otros que se relacionan de forma indirecta con la experiencia, no hay motivos para promover la eliminación de estos últimos. Reale y colaboradores argumentan que el uso de términos no observables va más allá de los límites de la ecología del comportamiento y de la biología evolutiva (2007: 294). En principio, bastaría con mencionar los procesos bioquímicos que

regulan gran parte de nuestro comportamiento para socavar este argumento, puesto que las moléculas que intervienen en estos procesos son, como mínimo, difícilmente observables.

La respuesta inmediata a esta posibilidad es que, mientras que podemos imaginar un futuro en el que las moléculas puedan ser observadas a la perfección mediante un microscopio, difícilmente podremos observar una creencia. Esta sería una de las muchas estrategias que nos permitiría descartar los términos mentales y limitarnos únicamente al análisis de la conducta. Frente a esta posibilidad, recurrimos a los dos siguientes argumentos para validar el recurso a terminología mentalista en el estudio de la personalidad.

El primero de nuestros argumentos parte del pragmatismo holista de Quine (1953: 45-46; 1969: 52-53). Descartar un tipo de terminología se justificará en función de la *utilidad* que genere dentro de una teoría. Por ende, términos como “creencia”, “emoción” o “mente” entrarán dentro de nuestra teoría si la capacidad explicativa y predictiva de la teoría mejora con su inclusión. Visto así, este argumento justifica tanto la elección de Reale y colaboradores como el uso de la terminología mentalista en la TCF/TRC. Tal y como hemos expuesto anteriormente, las evaluaciones de rasgos y las codificaciones de comportamiento funcionan a la perfección sin recurrir a la presunta mente de los animales. Asimismo, este tipo de investigaciones cuentan con el respaldo de un gran número de investigaciones. Sin embargo, sucede lo mismo con la TCF/TRC. Si nuestras creencias, emociones o incluso recuerdos poseen un papel determinante en las explicaciones y predicciones formuladas desde la TCF/TRC, entonces el mero hecho de que no sean observables no basta para criticar esta terminología. Este razonamiento no trata de conferir a la TCF/TRC una especie de “invulnerabilidad”; cualquier teoría conductista de la personalidad puede rivalizar con la TCF/TRC. Sin embargo, el éxito explicativo y predictivo de la TCF/TRC en el estudio de la personalidad en humanos confiere mayor verosimilitud a la existencia de estados mentales que a la tesis contraria.

El segundo de nuestros argumentos se basa en la distinción entre términos observables y no observables. Partimos de que esta distinción es inviable (Achinstein, 1965) y de que existen enunciados más



próximos a los enunciados protocolares que el resto (Quine, 1953). Sin embargo, podemos validar el recurso a terminología mentalista desde ambas posibilidades. Si la distinción entre términos observables y no observables es viable, asumiendo que los términos mentales no son observables, no encontramos razones para penalizar la inclusión de términos no observables dentro de una teoría. Pese a que podamos argüir que las moléculas y los átomos puedan ser visibles en un futuro, su uso en el presente carece de observaciones directas sin que ello genere algún tipo de problema. Si la distinción entre términos observables y no observables es inviable, tal y como sostenemos, entonces resultaría complicado mantener la posición de Reale y colaboradores. Los términos mentales no están exentos de problemas, tal como Machery (2009), por ejemplo, expone sobre los conceptos. No obstante, su supuesto carácter no observacional no basta para invalidar el uso de este tipo de términos dentro de la TCF/TRC.<sup>11</sup>

### *Alternativas para estudiar la mente en ausencia del lenguaje*

Frente al posible escepticismo que pueda generar hablar de estados mentales (como creencias, personalidad o aptitudes) en niños prelingüísticos, ofrecemos un argumento auxiliar para reforzar nuestra hipótesis. Durante esta sección, revisaremos dos de los métodos más utilizados para estudiar la cognición infantil sin recurrir a lenguaje: *la imitación diferida* y *los test de mirada preferencial*. Estos dos métodos son ajenos al estudio de la personalidad y se mencionan debido a su relevancia en el estudio de niños prelingüísticos. Su práctica dentro

<sup>11</sup> Los dos argumentos empleados en esta sección no son los únicos posibles para concluir que el uso de términos mentales dentro de la TCF/TRC está permitido. La reivindicación de lo mental frente al externismo propio del conductismo ha sufrido numerosos ataques, principalmente a manos de Chomsky dentro de la lingüística (revisado por Bezuidenhout, 2006) y por Fodor en la filosofía de la mente (1975). Nos decantamos por los argumentos basados en la regimentación de Quine ya que es el método propuesto desde el inicio de nuestra investigación.

de la psicología nos permitirá afianzar la posibilidad de que existan estados mentales con independencia del desarrollo del lenguaje.

Decimos que la *imitación diferida* es una “técnica no verbal en la que se enseña a niños un evento y posteriormente se los anima a reproducirlo” (Mandler 2012: 445). Por ejemplo, un niño puede observar una manzana siendo introducida en un bol y, en función del conocimiento y atención del niño estudiado, puede reproducir exactamente la misma acción o simplemente poner un objeto cualquiera dentro de un recipiente (Mandler 2012: 423). Para Mandler, la explicación de este fenómeno descansa en la capacidad de los niños para formar *representaciones icónicas*<sup>12</sup> que servirán de base para su posterior imitación. Estas representaciones contarían como estados mentales que, al permanecer en la mente de los niños, les servirá como guía para su futura reproducción. Más específicamente, la imitación diferida se explica mediante un recurso a la *memoria declarativa* de los participantes (Jones y Herbert 2006). En la reproducción de la acción, los infantes han de ser capaces de evocar los elementos pertinentes, además de adaptarlos a un nuevo contexto (2006: 200). En otras palabras, los niños serían capaces de formar representaciones acerca de nuevos eventos y de aislar aquellos elementos necesarios para poder llevarlos a cabo.

Aparte de la imitación diferida, encontramos un fenómeno similar en los test de *mirada preferencial* (Walker *et al.*, 2010; Dolscheid *et al.*, 2014). Este tipo de test demuestra la preferencia de un estímulo visual en detrimento de otro, infiriendo a partir de esta preferencia algún dato sobre la cognición del infante. Walker y colaboradores (2010) investigaron sobre si la relación conceptual entre altura y tono estaba determinada por los lenguajes naturales o si, por el contrario, ya estaba presente en niños prelingüísticos. Para resolver esta pregunta, los autores mostraron unas animaciones en las que, por ejemplo, un objeto se desplazaba hacia arriba. Mientras el objeto se movía, su movimiento iba acompañado con un tono ascendente, el

12 Para Mandler, las representaciones icónicas que intervienen en este proceso son imágenes esquema (2012: 423). Las imágenes esquema, tal y como son introducidas por Johnson (1987: 3-4), forman parte de nuestra cognición a pesar de no ser proposicionales.

sonido congruente para un objeto que se desplaza hacia arriba. En consecuencia, un objeto ascendente acompañado de un sonido con tono descendente era considerado como un estímulo incongruente. Los investigadores concluyeron que los niños observaban durante mayor tiempo los estímulos catalogados como congruentes, lo que reforzaba la tesis de que la relación entre altura y tono ya está presente en ausencia de lenguaje. Asimismo, esta investigación fue replicada por Dolscheid y colaboradores (2014), obteniendo unos resultados similares. Tamási y colaboradores (2019) han utilizado el mismo método para comprobar la relación entre la información subfonética<sup>13</sup> y el léxico de niños de 2 años.

Ambos casos —la imitación diferida y los test de mirada preferencial— apuntan hacia la existencia de algún tipo de representación interna ligada a la memoria de los infantes. Mientras que la imitación diferida hace uso de la memoria declarativa, las representaciones léxicas guardan una estrecha relación con la memoria semántica.<sup>14</sup> Walker y colaboradores (2010) y Dolscheid y colaboradores (2014) no mencionan de forma explícita estos términos, pese a que en ambos trabajos se asume la existencia de alguna información interna que relaciona altura y tono entre sí. Al margen de las peculiaridades de cada método, podemos observar cómo podemos hablar coherentemente de estados mentales incluso en la ausencia de articulaciones lingüísticas.

## Conclusión

Hay razones de peso para considerar el desarrollo del lenguaje como un aspecto capital en el estudio de la cognición humana. Hinzen señala las dificultades de describir el pensamiento humano como algo que “no obedezca los principios gramaticales de organización” del

13 Los autores distinguen entre variaciones subfonéticas y fonéticas. Las primeras responden a diferencias en la manera y lugar de articulación, además de en el uso de la voz (*voicing*, Tamási *et al.* 2019: 1, nota 1).

14 Véase Gainotti (2006). Sobre la controversia entre la dependencia de la memoria declarativa y semántica, véase Duff *et al.*, (2020), donde se analiza esta relación a partir de la función que cumple el hipocampo en ambos tipos de memoria.

lenguaje (2013: 8). Sin embargo, Hinzen concibe el lenguaje como algo central en la cognición humana sin, por ello, inferir que toda forma de pensamiento ha de estar mediada por el lenguaje, dejando espacio al estudio del pensamiento animal (2013: 15-17). Así, es fácil observar que la importancia de la maduración del lenguaje para el desarrollo del pensamiento en nuestra especie no implica que pensamiento y lenguaje siempre estén vinculados. Hay espacio teórico para separar y delimitar ambos dominios temáticos e incluirlos dentro de la investigación científica.

Este estudio respalda esta demarcación, apoyando la hipótesis de que podemos hablar coherentemente de estados mentales en ausencia de lenguaje. Desafortunadamente, estos resultados no se han podido extrapolar a la personalidad de animales no humanos, ya que la norma en estos casos es omitir terminología mentalista en sus explicaciones y predicciones. Es importante recalcar que la base de nuestra investigación ha sido la regimentación como forma de elucidar los compromisos ontológicos de una teoría científica. En consecuencia, no resultaría lícito desde esta posición discutir si *tendríamos que hablar* de rasgos de personalidad en animales no humanos tal y como lo hace la TCF/TRC.

Cuando hemos hablado de los rasgos de personalidad en psicología y biología, se ha descrito en detalle el “paso abrupto” que encontramos entre el estudio de la personalidad en humanos y su homólogo en animales no humanos. En las siguientes secciones, hemos tratado de destacar las virtudes de la TCF/TRC en su aplicación a niños de corta edad, además de su definición como disposiciones mentales dentro de la TCF/TRC. Por ello, si la desconfianza hacia las “disposiciones” mentales en animales no humanos (Reale *et al.*, 2007: 294) es fruto de la ausencia de un lenguaje en la especie estudiada, entonces la información aquí descrita puede ser de gran utilidad para revisar y reforzar nuestro conocimiento sobre el comportamiento animal. Con independencia de los caminos que recorra esta discusión, podemos concluir que es legítimo hablar de estados mentales en ausencia del lenguaje. Con seguridad, su presencia (o ausencia) en una determinada especie siempre dependerá de las principales teorías de la biología y de la psicología.

## ■ Referencias

- Achinstein, P. (1965). The Problem of Theoretical Terms. *North American Philosophical Publications*, 2(3): 193-203.
- Bezuidenhout, A. (2006). Language as Internal. B. C. Smith (ed.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Language*. Oxford University Press: 127-136.
- Birkhead, T. R., & Monaghan, P. (2010). Ingenious Ideas: The History of Behavioral Ecology. D. F. Wesneat & C. W. Fox (eds.), *Evolutionary Behavioral Ecology*. Oxford University Press: 3-15.
- Brandom, R. B. (1994). *Making it Explicit: Reasoning, Representing, and Discursive Commitment*. Harvard University Press.
- Brommer, J., & Class, B. (2017). Personality from the Perspective of Behavioral Ecology. J. Vonk, A. Weiss, & S. Kuczaj (eds.), *Personality in Nonhuman Animals*. Springer: 73-107.
- Camp, E. (2009). Putting Thoughts to Work: Concepts, Systematicity, and Stimulus-Independence. *Philosophy and Phenomenological Research*, LXXVIII(2): 275-311.
- Carruthers, P. (1992). *The Animals Issue: Moral Theory in Practice*. Cambridge University Press.
- Costa, P. T., McCrae, R. R., & Löckenhoff, C. E. (2019). Personality Across the Life Span. *Annual Review of Psychology*, 70: 423-448.
- Davidson, D. (1982). Rational Animals. *Dialectica*, 36(4): 317-327.
- (2001). Thought and Talk. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford University Press: 155-170.
- De Pauw, S. (2017). Childhood Personality and Temperament. T. A. Widiger (ed.), *The Oxford Handbook of the Five Factor Model*. Oxford University Press: 243-280.
- De Pauw, S., & Merviede, I. (2010). Temperament, Personality and Developmental Psychopathology: A Review Based on the Conceptual Dimensions Underlying Childhood Traits. *Child Psychiatry & Human Development*, 41(3): 313-329.
- Digman, J. M. (1990). Personality Structure: Emergence of the Five-Factor Model. *Annual Review of Psychology*, 41: 417-440.
- Dolscheid, S., Hunnius, S., Casasanto, D., & Majid, A. (2014). Prelinguistic Infants are Sensitive to Space-Pitch Associations Found Across Cultures. *Psychological Science*, 25(6): 1256-1261.
- Duff, M. C., Covington, N. V., Hilverman, C., & Cohen, N. J. (2020). Semantic Memory and the Hippocampus: Revisiting, Reaffirming, and Extending the Reach of Their Critical Relationship. *Frontiers in Human Neuroscience*, 13(January): 1-17.

- Fiebach, A., & Coltheart, M. (2015). Various Ways to Understand Other Minds: Towards a Pluralistic Approach to the Explanation of Social Understanding. *Mind and Language*, 30(3): 235-258.
- Fleeson, W. (2001). Toward a Structure- and Process-Integrated View of Personality: Traits as Density Distributions of States. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(6): 1011-1027.
- Fleeson, W., & Jayawickreme, E. (2015). Whole Trait Theory. *Journal of Research in Personality*, 56: 82-92.
- Fodor, J. (1975). *The Language of Thought*. Harvard University Press.
- Freeman, H., Gosling, S. D., & Schapiro, S. (2011). Comparison of Methods for Assessing Personality in Nonhuman Primates. A. Weiss, J. E. King, & L. Murray (eds.), *Personality and Temperament in Nonhuman Primates*. Springer: 17-40.
- Funder, D. C. (2001). Personality. *Annual Review of Psychology*, 52: 197-221.
- Gainotti, G. (2006). Anatomical Functional and Cognitive Determinants of Semantic Memory Disorders. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 30(5): 577-594.
- Garai, C., Weiss, A., Arnaud, C., & Furuichi, T. (2016). Personality in Wild Bonobos (*Pan paniscus*). *American Journal of Primatology*, 78(11): 1178-1189.
- Goodwin, R. D., & Friedman, H. S. (2006). Health Status and the Five-Factor Personality Traits in a Nationally Representative Sample. *Journal of Health Psychology*, 11(5): 643-654.
- Hinzen, W. (2013). Narrow Syntax and the Language of Thought. *Philosophical Psychology*, 26(1): 1-23.
- Hochstein, E. (2015). When Does “Folk Psychology” Count as Folk Psychological? *British Journal for the Philosophy of Science*, 0: 1-23.
- Hylton, P. (2006). Quine on Reference and Ontology. R. Gibson (ed.), *A Cambridge Companion to Quine*. Cambridge University Press: 115-150.
- Jayawickreme, E., Zachry, C. E., & Fleeson, W. (2019). Whole Trait Theory: An Integrative Approach to Examining Personality Structure and Process. *Personality and Individual Differences*, 136: 2-11.
- Johnson, M. (1987). *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination, and Reason*. Chicago University Press.
- Jones, E., & Herbert, J. (2006). Exploring Memory in Infancy: Deferred Imitation and the Development of Declarative Memory. *Infant and Child Development*, 15: 195-205.
- King, J. E., & Figueredo, A. J. (1997). The Five-Factor Model plus Dominance in Chimpanzee Personality. *Journal of Personality*, 31: 257-271.
- Kornblith, H. (2002). *Knowledge and Its Place in Nature*. Oxford University Press.

- Lepore, E., & Ludwig, K. (2005). *Donald Davidson: Meaning, Truth, Language, and Reality*. Oxford University Press.
- Machery, E. (2009). *Doing without Concepts*. Oxford University Press.
- Mandler, J. M. (2012). On the Spatial Foundations of the Conceptual System and Its Enrichment. *Cognitive Science*, 36(3): 421-451.
- McCrae, R. R. (2010). The Place of the FFM in Personality Psychology. *Psychological Inquiry: An International Journal for the Advancement of Psychological Theory*, 21(1): 57-64.
- McCrae, R. R. (2013). Exploring Trait Assessment of Samples, Persons, and Cultures. *Journal of Personality Assessment*, 95: 557-570.
- (2018). Defining Traits. V. Zeigler-Hill & T. K. Shackelford (eds.), *The SAGE Handbook of Personality and Individual Differences: The Science of Personality and Individual Differences*. SAGE Publications: 3-22.
- McCrae, R. R., & Costa, P. T. (1992). Discriminant validity of NEO-PI-R Facets. *Educational and Psychological Measurement*, 52: 229-237.
- (2008). The Five-Factor Theory of Personality. O. P. John & R. W. Robins (eds.), *Handbook of Personality: Theory and Research*. Guilford: 159-181.
- McCrae, R. R., & John, O. P. (1992). An Introduction to the Five-Factor Model and Its Applications. *Journal of Personality*, 60(2): 175-215.
- McDowell, J. (1994). *Mind and World*. Harvard University Press.
- Quine, W. V. O. (1953). *From a Logical Point of View*. Harper Torchbooks.
- (1960). *World and Object*. The MIT Press.
- (1969). *Ontological Relativity and Other Essays*. Columbia University Press.
- Reale, D., Reader, S. M., Sol, D., McDougall, P.T., & Dingemans, N. J. (2007). Integrating Animal Temperament Within Ecology and Evolution. *Biological Reviews*, 82(2): 291-318.
- Ryle, G. (2009). *The Concept of Mind*. Routledge.
- Sih, A. (2011). Behavioral Syndromes: A Behavioral Ecologist's View on the Evolutionary and Ecological Implications of Animal Personalities. A. Weiss, J. E. King, & L. Murray (eds.), *Personality and Temperament in Nonhuman Primates*. Springer: 313-336.
- Slobodskaya, H. R. (2021). Personality Development from Early Childhood Through Adolescence. *Personality and Individual Differences*, 172(December 2020): 110596.
- Soto, C. J., & John, O. P. (2014). Traits in Transition: The Structure of Parent-Reported Personality Traits from Early Childhood to Early Adulthood. *Journal of Personality*, 82(3): 182-199.

- Spaulding, S. (2018). Mindreading Beyond Belief: A More Comprehensive Conception of How We Understand Others. *Philosophy Compass*, 13(11): 1-11.
- Tamási, K., McKean, C., Gafos, A., & Höhle, B. (2019). Children's Gradient Sensitivity to Phonological Mismatch: Considering the Dynamics of Looking Behavior and Pupil Dilation. *Journal of Child Language*, 46(1): 1-23.
- Walker, P., Brettnner, J. G., Mason, U., Spring, J., Mattock, K., Slater, A., & Johnson, S. P. (2010). Preverbal Infants' Sensitivity to Synaesthetic Cross-Modality Correspondences. *Psychological Science*, 21: 21-25.
- Weiss, A. (2017). Exploring Factor Space (and Other Adventures) with the Hominoid Personality Questionnaire. J. Vonk, A. Weiss, y S. A. Kuczaj (eds.), *Personality in Nonhuman Animals*. Springer: 19-38.
- Weiss, A., Inoue-Murayama, Hong KW, Inoue E, Udono T, Ochiai T, Matsuzawa T, Hirata S, King, J.E. (2009). Assessing Chimpanzee Personality and Subjective Well-Being in Japan. *American Journal of Primatology*, 71(4): 283-292.
- Westra, E. (2021). Folk Personality Psychology: Mindreading and Mindshaping in Trait Attribution. *Synthese*, 198: 8213-8232. <https://doi.org/10.1007/s11229-020-02566-7>.
- Whitham, W., & Washburn, D. (2017). A History of Animal Personality Research. J. Vonk, A. Weiss, & S. Kuczaj (eds.), *Personality in Nonhuman Animals*. Springer: 3-18.